

TIEMPO Y ESPACIO EN FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA

POR

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

Voy a contar algunas cosas que tratan sobre Francisco Sánchez Bautista. No es fácil hablar de un poeta, y más si es amigo, porque el verso o el poema que hemos admirado parece que sale de su boca con toda naturalidad, como el agua de la fuente, y así, al recobrar la palabra su ser originario, vuelve al anonimato, se funde en el aire con la realidad misma, y ya no es sino claro misterio, árbol, pájaro, río o mar que habitan la página. Un misterio no puede ser desvelado, pero sí puede ser localizado. Trataré del espacio y el tiempo, con algunas licencias.

Era Murcia una ciudad pequeña, con pequeñas plazas, y pequeñas calles, dos institutos, uno masculino y otro femenino, más colegios privados, Escuelas de Magisterio y Comercio, dos Seminarios, mayor y menor, y una Universidad que apenas rebasaba los quinientos alumnos. El río conservaba como un viejo sus meandros, pero el agua y los peces eran verdad, había, recordarán ustedes, una isla para los sueños escolares, cuyo nombre, de las Ratas, tiene aún resonancias bucólicas, ¡quién lo diría!

En ese tiempo huerta y ciudad eran una misma cosa, así la recuerdo todavía en los años cincuenta, con palmeras que se alzaban sobre los tejados, sombras que sabían a árbol y acequia. La ciudad dormía aún un sueño pacífico, decimonónico, alejado del sueño americano, de modo que el paso al arrabal era un camino de tierra, bordeado de acequias, cañaverales y huertos de exacta geometría. Las carreteras seстеaban a la sombra de gigantescos plátanos, y casi todos acudían al trabajo en bicicleta.



Claro que el paisaje puede ser una hermosa mentira, y todo lo que la tierra une, el hombre lo separa, por esta razón nacer en la ciudad o en la huerta marcaban de diferente manera: el huertano conservaba cierto sentido de casta, algo así como el héroe villano de nuestra comedia, mientras que en el otro, su sonrisa, como una capa de hidalgo, mantenía las distancias.

A un paso de esta ciudad-huerta, en el Llano de Brujas, con resonancia a aquelarre, pero en realidad inocente arena para el reloj del tiempo, tiene casa, hermanos y amigos, Francisco Sánchez Bautista, que gusta hablar con los vecinos, especialmente los viejos, que lee y escribe a contrapelo, porque es un tiempo en que entender la realidad es descubrir la angustia, la injusticia, la soledad, y por tanto supone tomar partido por los unos o los otros.

Son tiempos difíciles para la poesía, y aún más difíciles para los poetas, porque un poeta es un ser impelido a decir y no puede callar. Son tiempos de censura, y sobre todo de autocensura, ésta que podría ser ejercicio de disciplina, contención y silencio necesarios, aquí no es sino torpeza que castra, porque es un tiempo con palabras marcadas.

Un hombre es hijo de su tiempo, y la escuela de Sánchez Bautista fue la República, una escuela como un juego, que aumentó el paraíso de su infancia, una arcadía que sin duda hemos perdido, pero que algún día fue suya.

Acerquémonos al hombre y pensemos en su nombre, el nombre propio es una leyenda que nunca cesa y, sobre todo, compromete. ¿Qué descubrimos?, empecemos por Bautista, rememora al que zambulle y da nombre, devuelve la gracia, borra el pasado muerto y da nueva vida. Pasemos a Francisco, que trae sabor de naturaleza, aire abierto, amor al hermano y a la tierra, al sol, al agua. Entremos en Sánchez, hijo de Sancho, de ahí que Francisco vida, Sánchez historia, se funden en Bautista. Un nombre no es otra cosa que una misión, la misión de Francisco Sánchez Bautista era la poesía.

Estos versos de Juan Ramón precisan su talante, anuncian al que ha de ser:

*Hombres en flor -corbatas variadas, primores
de domingo-: ¿mi alma qué es para vuestro traje?
Jueces de paz, Peritos agrícolas, Doctores:
perdonad a este humilde ruiñeñor del paisaje (1)*

Hay oficios que parecen hechos para esas vocaciones, así nunca mejor aprendizaje para el poeta Sánchez Bautista que su empleo, el cartero tiene algo de Prometeo. Comienza su profesión en Barcelona, y descubre el paraíso de los libros de saldo, se traslada a Fortuna y dispone de la llave de la biblioteca, allí

(1) Juan Ramón Jiménez, *Elejías lamentables en Nueva antología*. Nexos, EE. Península, Barcelona 1986, p. 101.



goza del placer de los clásicos. Al mismo tiempo la observación, el saber no aprendido, el vuelo de las aves, sus nidos, el canto, los sabores.

Entre tanto conviene detenernos en lo que trata a diario, la correspondencia, por la que sabe del origen y el destino, ¿qué es una carta? género privado por excelencia, será el reducto último de la verdad, y es que la carta era en esos años una muestra completa de la realidad de España: éxodo del campo a la ciudad, analfabetismo, exilio político y exilio económico.

Contrastemos ahora dos paisajes, detengamos en su pueblo un llano continuamente fértil, carriles, acequias, brazales, tierras morenas, y comparemos con las ramblas, tierras blancas y la greda de Fortuna, y se nos ofrece con dialéctica precisa el marco para sus reflexiones.

¿Pero, la tierra habla? La naturaleza es muda y comienza su diálogo con el hombre cuando se transforma en paisaje, dice el poeta:

“Si el campo hablara, si dijera el campo...

Más adelante, como en una acotación escénica entre paréntesis: “(Pero el campo es mudo en apariencia...” (2).

Lo es sólo en apariencia, porque el campo dicta su lección a quien lo ama. De modo que se puede afirmar que el paisaje siempre es interior, resulta de un querer ver, y, al mismo tiempo, sagrada realidad.

Sánchez Bautista ha aprendido de la granada, piel áspera y pobre que sólo cuando se abre revela su riqueza prismática. Este contraste nos ayudará a comprender su poesía: en el plano temático la atención al tiempo, hecho historia o curso biológico; la pobreza de la tierra, la escasez de agua que suele ir acompañada de otras miserias morales. En su actitud, se debate entre contemplación y acción, y en el plano expresivo conjuga tradición y originalidad. No ha sido Sánchez Bautista un vanguardista estridente, sino que paciente ha compuesto casi todos los metros, tiene su verso el cuento y el sonido de los pasos.

La poesía, viene a decir María Zambrano, es la respuesta a una pregunta que aún no ha sido formulada, lo que implica temporalidad, pues, si damos con la pregunta, todo se revela ya en ella. Desde el principio, la pregunta es el misterio, la pregunta de Francisco Sánchez Bautista, lleva un ramo de olivo en la mano, dice el poeta:

—Dime, ¿tú qué tienes
corazón absorto?

—Yo tengo un avaro
amor por lo hermoso. (3)

(2) Francisco Sánchez Bautista, *Elegía del Sureste*, en *Obra poética*, E. Regional, Murcia 1981, p. 181.

(3) Id. *Trovas ingenuas*, Op. cit., p. 88.



El poeta es la memoria de un pueblo y en su canto comprende cosas que él mismo desconoce. Durante siglos la tierra ha sido madre, mito, símbolo, testimonio no escrito, si formulamos la pregunta: ¿qué es la tierra para Sánchez Bautista? Puede responderse que la tierra es la única verdad, y en ella la belleza, el espíritu, el saber están depositados, a ella volvemos siempre, por ella, como Anteo, recobramos nuestra fuerza, así declara el poeta:

*Camino yo buscándole a mi huerta
su castísimo espíritu escondido... (4)*

Si a ello agregamos su conciencia de clase:

*Y es que somos de viva
tierra dignificada (5)*

Observaremos que constantemente se procede desde una afirmación, su búsqueda no implica desconocimiento sino que persigue una identidad que le es propia, no lucha por ser, sino para que lo dejen ser, porque su gente tuvo el paraíso y lo conserva en la palabra, leemos:

*Por eso, padre, mío,
cuando hablo, o cuando hablas,
una frutal aurora
nace en nuestras palabras... (5)*

Esa edad dorada, durante unos años, es España, búsqueda de la solidaridad, retórica patriótica que no hay que confundir con la oficial, así frente a la España elegida y victoriosa que predicán, propone la agónica, la enferma, la infortunada, trágica, triste, sedienta, pedregosa.

Sánchez Bautista se sitúa junto al campesino, más que nadie hombre de la tierra, testimonia la entrada en un mundo que rigen otros principios económicos, y lamenta la desertización y el abandono de los campos, pero más que eso lo que en el fondo denuncia es la pérdida de su cultura, la pérdida de su razón de ser. En definitiva, denuncia el movimiento migratorio más importante acaecido en este siglo.

Pero esta identidad que se transforma en búsqueda no conduce a un plácido encuentro, su canto, siempre es elegía, y las imágenes no son otra cosa que angustiada visión del mundo, así lo dijo Miguel Espinosa:

“La metáfora alberga la angustia irresoluble de la libertad, patentizada como posibilidad de trocar los seres y combinarlos en interminables conjunciones” (6).

(4) Id. *Voz y latido*, Op. cit., p. 165.

(5) Id. *Trovas ingenuas*, Op. cit., p. 82.

(6) Id. *Encuentros con Anteo*, Premio Serreta-76, Murcia 1976, pp. 13 y 14.



Discurso que concluye de modo irrefutable:

“Los versos de Sánchez Bautista son desesperación...”.

Y, en efecto, lo son porque el poeta ha perdido el paraíso de su infancia. Y la vuelta, el conocimiento del mismo sólo se puede lograr por vía negativa, de ahí su elección de tierras pobres, calcinadas, que muestran su primera geología. Es aquí en Fortuna donde va a descubrir por contraste la tierra desnuda, la tierra esencial, donde el hombre dialoga con el planeta, descubre el principio.

Este encuentro podría interpretarse de este modo: si los del 98 eligieron como tema Castilla, descubriendo en ella la esencia de España y su mundo, Sánchez Bautista va a elegir las tierras secas de Fortuna, ya en el nombre está la paradoja, para dar con el sustrato imprescindible y para ello sigue procedimientos muy semejantes, nos dice:

*Yo aprendí con amor a caminarla
y a descifrar su viva contextura (7)*

Como en ellos, a mayor dolor, mayor conocimiento:

El dolor fue el principio de mi ciencia (8).

No es caprichosa esta aproximación al 98, ni creo que esté sólo sugerida por la presencia de Machado y Medina, la atención al paisaje y sus gentes, o su práctica durante años de una poesía comprometida, permítaseme insistir, sobre todo, si se piensa que el siglo XX ha cabalgado sobre la falsilla del XIX, y está a punto de cerrarse el ciclo, de modo que hubo otro veintisiete, otro 36, unos años sesenta preñados de futuro, mas luego la Restauración y estamos al borde de un nuevo noventa y ocho.

Asomémonos al futuro inmediato y veremos similitudes, apliquemos no ya el ojo, sino el oído, hasta nosotros llegan palabras tales como regeneración, rearme ético, amor desesperado a la naturaleza, especialmente este año que parece que el fuego hubiera hecho realidad la despoblación forestal de España.

Para Sánchez Bautista la tierra y el hombre que un día vivieron en armonía, viven hoy un trágico y azaroso divorcio que no cesa de denunciar. No hay más que una salida y es la vuelta a la Naturaleza, ejercicio personal que sólo el tiempo y la memoria sabe mantener.

De ahí que su inclinación por la poesía sea desde un principio cuestión de realidad, ya se encuentre ésta en lo que vemos:

*Me enternecía el pájaro, la estrella,
sin comprender apenas este asombro,
lo más leve dejábame honda huella (9).*

(7) Id. *Razón de lo cotidiano*, Op. cit., p. 339.

(8) Id. *A modo de glosa*, Op. cit., p. 271.

(9) Id. *Cargado voy de mí*, Op. cit., p. 285.



Ya sea en lo que no vemos, así dice en otro texto:

*(Y me palpo y me ausculto, y no conozco
este misterio del que, a veces, lloro)* (10).

Sin embargo, en esta realidad, entiéndase bien lo que voy a decir, sé que el poeta Sánchez Bautista no tiene los pies en la tierra, lo que sí sé es qué tiene en sus manos, en sus manos siempre tiene un libro, y en ese libro hay muchos libros, porque el poeta sabe que si hubiese estado con los pies en la tierra sería otra cosa: la higuera de su huerto, el algarrobo del camino, o ese olivo allá en el fondo.

Su poesía no se extiende y ofrece nuevas vistas, por el contrario su poesía bucea y llega al fondo de la página leída. El lector que busque al poeta lego quedará decepcionado, siempre lo he tenido por un sabio cultivador de libros.

Hasta aquí he procurado perfilar las líneas esenciales: el tiempo y el espacio. Cabe preguntarse ahora, ¿dónde vive Francisco Sánchez Bautista? Y es que su casa está en una plaza, desde la que se oye a los que acuden al campo de fútbol o gritan en el coso taurino. Si el espacio de Sánchez Bautista fuera una fábula, podría ser, sin duda, esta plaza.

¿Qué hace Sánchez Bautista en esa casa? Mira la vida pasar, y ve que todo es lo mismo y no es lo mismo, que sólo la luz es verdadera. Entonces, recuerda al poeta Ben Muchbar, en la Murcia del siglo XII que, sentado a la sombra, mientras oye el murmullo del agua, contempla sobre la mesa una botella negra, y antes de llevar el vaso a sus labios, lo alza, mira al trasluz y escribe:

*La botella niega con su color las luces del vino, como el corazón del envidioso
niega la mano del que le favorece* (11).

Para Francisco Sánchez Bautista la luz es ética y estéticamente necesaria.

Un poeta es una memoria a punto de desaparecer, este es su secreto. Se ha dicho que la poesía es el don de la exactitud en estado de éxtasis, de ahí su dureza y su fragilidad, por eso el poeta vive en lucha permanente con el olvido, esa feroz utilidad que todo lo iguala, por eso Francisco Sánchez Bautista que ha descubierto ciertos secretos, despierta el ritmo que hay en los sonidos, conoce la ligazón interna de las palabras, sabe cuando la sintaxis es armonía, y ello a fuerza de estudio, de combinar la realidad de la letra y la otra realidad para así dar con la poesía, con su poesía. Francisco Sánchez Bautista, gracias por ese regalo.

(10) Id. *Trovas ingenuas*, Op. cit., p. 108.

(11) Emilio García Gómez, *Poemas arabigoandaluces*, Espasa Calpe, C. Austral nº 162, Madrid 1971, p. 139.

